COMUNIDAD MUNDIAL PARA LA MEDITACION CRISTIANA

MEDITACION y COMUNIDAD

NUESTRA COMUNIDAD – IDENTIDAD Y PROPOSITO

Treinta años después de la fundación de la Comunidad Mundial para la Meditación Cristiana (WCCM), sentimos que nos encontramos fuertemente arraigados en el mundo y en la tradición que nutre y vivifica el cristianismo actual. Al difundir y diseminar la tradición espiritual contemplativa, colaboramos con la transición de una consciencia egocéntrica a otra transpersonal fundamentada en Cristo. Ayudamos pues a encontrar un significado auténtico y de primera mano en nuestras vidas y contribuimos a atenuar la polarización social dando a conocer un camino que conduce a la esencia común de todo lo que es y existe.

Nuestro trabajo se desarrolla de la mano de dos grandes pilares:

- En primer lugar, somos fieles a la simplicidad de la meditación en la tradición cristiana, tal y como nos la transmitió John Main. Paradójicamente, este "camino estrecho" nos ha llevado a una apreciación amplia e inclusiva de las enseñanzas de Jesús.

- En segundo lugar, nuestro crecimiento se nutre de la profunda visión de John Main de que la "meditación crea comunidad". Anclados en grupos de meditación que introducen y apoyan esta práctica contemplativa, el trabajo de la WCCM se está desplegando en sesenta y siete comunidades nacionales que apoyan grupos locales de meditación cuya experiencia nutre el espíritu de nuestra comunidad global.

  Hemos inaugurado recientemente la Abadía de Bonnevaux en Francia, al sur de Poitiers, renovando un antiguo monasterio benedictino fundado en 1119, del que aún queda parte del claustro central. Bonnevaux se ha convertido en la encarnación física de nuestra Comunidad, todo un microcosmo y un punto central de unión.

Orígenes

Desde el principio, John Main apreció como aspecto esencial de la misión de la Comunidad la necesidad de colaborar en todo lo que pueda con el restablecimiento de la esencia de la Iglesia. En el centro está el redescubrimiento de la oración contemplativa en la vida de la Iglesia. En línea con la enseñanza cristiana básica, la oración contemplativa, que convive con otros modos de orar como pueden ser la oración discursiva -en la que hay un diálogo con Dios- o la oración vocal y litúrgica, se caracteriza esencialmente por estar con Dios en una presencia silenciosa adorándole en espíritu y en verdad (Jn 4,24).

A lo largo de los siglos, la meditación como una forma directa y puramente experiencial de oración se había perdido para la gran mayoría de practicantes. Fortalecer la creencia en la ortodoxia dogmática se había vuelto más importante que profundizar en la fe a través de la experiencia del espíritu de Cristo en nuestro corazón. De hecho, la meditación cristiana conduce a la experiencia de la inhabitación trinitaria prometida por el Señor que dijo que quien lo amara sería amado por su Padre y que el Padre y Él mismo vendrían a él y vivirían en él (Jn 14,23).

John Main valoró la oración contemplativa como una evolución natural del viaje espiritual personal e inherente a ella en todas sus etapas, complementando, en lugar de reemplazando, otros tipos de oración. La prueba de esta visión es la cantidad de fieles en la Iglesia que han hecho de la meditación una parte central de su vida y han descubierto con más profundidad el significado de todos los tipos de oración y formas de "ser iglesia".

John Main vio las comunidades locales que se desarrollaron a través de la enseñanza y la práctica de la meditación como una forma efectiva de redescubrir una experiencia más inclusiva y orgánica y menos rígida y jerárquica de la Iglesia. En estas comunidades, el "sacerdocio común de los fieles" protege contra el peligro del clericalismo.

Responder al Contexto Actual

Desde su inicio en 1991, la WCCM ha sido dolorosamente testigo de las continuas divisiones dentro y entre las iglesias cristianas, así como de la disminución de la relevancia del cristianismo en la sociedad. Una visión de Dios basada en la recompensa y el castigo poco ayuda a hacer frente a las crisis espirituales y existenciales de la vida moderna y tampoco se corresponde con la experiencia de Dios que se puede percibir en la contemplación.

La Iglesia como institución ha llegado a ser percibida como exclusiva, excesivamente jerárquica e, incluso, hipócrita. Los recientes escándalos de abuso sexual han propiciado que la "marca" cristiana se haya vuelto tóxica para algunos. Para las generaciones de los más jóvenes, muchos de los cuales luchan contra la soledad y la ansiedad, la Iglesia acaba siendo uno de los últimos lugares a los que acudir en busca de apoyo.

¿Cómo debería responder la Comunidad a esta crisis?

Estas son algunas dimensiones de la respuesta que ofrecemos:

Primero, es fundamental dejar claro tanto para nosotros mismos como para los demás que somos cristianos, por encima de cualquier matización. Nuestra práctica contemplativa nos lleva a comprender, intelectual y existencialmente, que la esencia de la fe cristiana implica ver el destino humano como una participación en el ser de Dios. Como dijo San Atanasio, "el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios".

Llegar a la plenitud humana es esencial para este proceso de divinización al que apuntan San Ireneo de Lyon, San Atanasio de Alejandría y Santo Tomás de Aquino. Como afirmará San Agustín, "Dios se hizo Hombre para que el hombre se hiciera Dios". Esta participación en la divinidad de Dios implica participar en la mente de Cristo, tomando consciencia de que se ha encarnado en nosotros y encontrando la unión con él a través de la unión con el prójimo.

Segundo, siendo cristianos contemplativos, somos ecuménicos. Jesús dijo que no vino a juzgar, sino a salvar al mundo. Los que tienen fe en él estamos llamados a evitar competir o exagerar

las diferencias entre unos y otros y a colaborar en la gran sanación. Es esta la razón por la que buscamos el diálogo con otras religiones. Al descubrir lo que tenemos en común - la práctica contemplativa y el compromiso con la justicia global y la paz - crecemos en sabiduría respecto a lo que es esencial y duradero y colaboramos en la construcción del Reino, en el que todos tenemos cabida. Nadie fue rechazado en la mesa de Jesús.

Tercero, como cristianos contemplativos, vemos la primacía de la fe sobre el dogma, de la práctica sobre la ideología, y de la ortodoxia en el vivir sobre la ortodoxia en las creencias. Una de las revelaciones esenciales de la práctica contemplativa es dejar de identificarnos con lo que creemos. No podemos reducir la fe a una creencia ni a una doctrina canónica. Para los contemplativos cristianos, las sagradas escrituras necesitan ser leídas e interpretadas no como legislación sino como textos de sabiduría. Así, pueden apoyar e iluminar tanto nuestra consciencia de ser imágenes de Dios y templo del Espíritu como nuestro sentido de unión con el prójimo.

Cuarto, como cristianos contemplativos, ya no estamos atados por las restricciones históricas que han limitado la libertad de todos al desempeñar un papel activo en la vida de la Iglesia, independientemente de nuestra raza, sexo o condición. Nos sentimos justamente orgullosos del papel de liderazgo que desempeñan las mujeres en nuestra comunidad, tanto a nivel mundial como nacional. Del mismo modo, el camino Oblato crea la oportunidad de integrar diferentes formas de vocación cristiana.

Quinto, como cristianos contemplativos, estamos plenamente comprometidos con el mundo. Vemos la relación entre contemplación y acción como una relación de armonía y complementación, no de oposición. Una de las tareas esenciales de la religión es proponer un marco moral y ético para reducir el sufrimiento y la injusticia. Un verdadero crecimiento espiritual debe arrastrarnos al compromiso con los desheredados de este mundo.

El hecho de que el prestigio del cristianismo contemporáneo no se encuentre a este respecto en su mejor momento no significa que esta tarea no sea urgentemente necesaria. Por el contrario, la acumulación de tantas crisis sustenta la necesidad urgente de un compromiso compartido desde la justicia social y económica que aborde los problemas que van desde la emergencia climática hasta el abuso de la tecnología. De hecho, la crisis cultural a la que nos enfrentamos surge de la ausencia o negación de la visión espiritual de la realidad en la vida pública e institucional.

La meditación nos ofrece una oportunidad única para desempeñar esta labor social. Nos permite distanciarnos de nuestro ego, un ego cuyo desarrollo sano ha estado influenciado por errores históricos, rigideces ideológicas y dispersión personal. Este desapego nos permite ver los problemas tal y como son, sin distorsiones: un requisito indispensable para el diseño de soluciones duraderas.

Finalmente, como cristianos contemplativos, abrazamos la ciencia. La ciencia y la visión mística son, de hecho, aliados en una conversación de sabiduría. El compromiso con la realidad por encima de las ilusiones, combinado con una reorientación hacia el prójimo y la compasión, permite a los cristianos contemplativos y a los demás acceder a la sabiduría de la conciencia unificada necesaria para resolver los mayores problemas de nuestros días.

Dentro de este contexto, también entendemos la realidad de la encarnación -el yo humano siempre está encarnado- y el importante papel que desempeñan nuestros cuerpos en nuestros caminos espirituales. El espíritu de atención plena, que es la base de nuestra práctica contemplativa, se extenderá entonces a nuestra salud física y al cuidado del prójimo.

Entonces, si esto es lo que somos, ¿cómo nos involucramos con las diferentes manifestaciones de la Iglesia a la que pertenecemos? Por supuesto, cabría la opción de desvincularnos completamente de sus estructuras institucionales y quedarnos al margen. Aun así, ¿cómo podríamos permanecer fieles a nosotros mismos y al significado más profundo de la Iglesia? A pesar de todos sus muchos defectos, la Iglesia, en todas sus formas, incluidas las más desagradables para nosotros, es o está tratando de ser la manifestación del cuerpo Místico de Cristo. Nosotros somos parte de esta manifestación.

Una comprensión cristiana de la vida nos lleva a no huir del fracaso sino a transformarlo, a través de la fe y de la gracia, en crecimiento. Por lo tanto, nuestra misión dentro de la Iglesia es ayudarla a restaurarse a sí misma y a respirar vida fresca y sanación en sus estructuras heridas. Dentro del mundo, nuestra misión es difundir y diseminar la tradición espiritual contemplativa y apoyar la meditación como camino para abrirnos a la dimensión espiritual y a recibir los frutos del Espíritu.

John Main nos anima encarecidamente a mantener nuestra meditación cristiana y a meditar dos veces al día. Esta práctica recupera la oración del corazón instaurada por los padres y madres del desierto como un camino para profundizar y madurar en nuestra fe y conocimiento de la persona de Jesús.

La meditación, por último, no es un fin en sí mismo. La meditación es un peregrinaje al Cristo que habita en el prójimo y en nosotros mismos. En última instancia, todo este viaje es una apertura para ser de servicio en la sociedad en la que vivimos.

John Siska

Coordinador Nacional de la Comunidad Mundial para la Meditación Cristiana en España.
Miembro del Consejo Rector *(*Trustee*)* de la World Community for Christian Meditation.

21 Mayo 2023

Nota elaborada por WCCM España a partir de "The WCCM – A Statement of Service" de 9 de Octubre de 2022.